

FICCIONES Y REALIDADES DE LOS ESTUDIOS CULTURALES

Por:

María Alejandra Auza Garrido

Trabajo licenciado con:



FICCIONES Y REALIDADES DE LOS ESTUDIOS CULTURALES

Introducción

La presente monografía es una aproximación bibliográfica a los Estudios Culturales, sus principales lineamientos, y las críticas de las que han sido parte. Para ello se esbozará el recorrido histórico desde los inicios sajones, su llegada a Norteamérica y posterior auge en Latinoamérica, donde se constituyen como corriente hegemónica en Facultades y Escuelas de Comunicación. El objetivo es examinar aquellos elementos que pueden ser considerados como aporte a las ciencias sociales y particularmente a la comunicación; así como recoger las justificadas críticas de las que han sido objeto en los últimos años, teniendo en cuenta sus falencias epistemológicas en la construcción de conocimiento teórico. Llegado a este punto se concluirá de forma breve en un intento de responder si valdría la pena rescatar algunos presupuestos de los Estudios Culturales mediante los debidos ajustes, y si éstos podrían tener una suerte de renacimiento que contemplara los aspectos de la realidad que antes dejaron por fuera.

1. Los Estudios Culturales

Orígenes de los Estudios Culturales

Los Estudios Culturales o *Cultural Studies* surgieron en Inglaterra durante la segunda posguerra. Esta etapa estuvo marcada por un considerable aumento del acceso a la educación e ingreso a las universidades de su población menos favorecida, como mecanismo para la reconstrucción y mejoramiento del país. Sin embargo, el ámbito educativo inglés era tradicionalmente clasista, hecho que no había cambiado a pesar de las crecientes modificaciones del entorno social. Bajo el interés común por la cultura inglesa, y la manera como ésta excluía y descalificaba a la cultura popular, un grupo de teóricos comenzaron sus indagaciones entre la clase obrera y los institutos de educación para adultos, en los que dictaban clases. Es así que en 1957 Richard Hoggart, profesor de literatura inglesa, publicó su libro *The uses of Literacy: Aspects of Working-Class Life with Special Referentes to Publications and Entertainments* (1957), donde analizaba el poder de los medios en la cultura y la cotidianidad de la clase obrera

inglesa. En él afirmaba que “[...] estas influencias culturales ejercen una acción muy lenta sobre la transformación de actitudes y que ha menudo son neutralizadas por fuerzas más antiguas” (Mattelart, Neveu, 2004: 36); dando a entender que se suele sobrevalorar el influjo de la industria cultural en la gente del pueblo. Para el autor, las costumbres de la clase obrera constituían una fusión entre la cultura de la Gran Bretaña antes de la guerra y la cultura de masas importada de Estados Unidos.

Por su parte, Raymond Williams escribió *Culture and Society* (1958), y *The Long Revolution* (1961), ambos textos basados en tradiciones marxistas. Williams entendía a la cultura como una entidad global, que evidenciaba regímenes y sistemas de percepción, y veía el surgimiento y evolución hacia una “cultura humana general” moldeada por dichos sistemas. Examinó también “el papel de los sistemas de educación, y comunicación [...] y de los procesos de alfabetización dentro de la dinámica de cambio social, y contribuy[ó] a bosquejar un programa democrático de reformas de las instituciones culturales”. (Mattelart, Neveu 2004: 36). Edward Thompson, por su parte, fundó junto con otros colaboradores la *New Left Review*, y lanzó su estudio *The making of the English Working Class*; Allí discutía con Williams por su visión de la cultura como una sola, apelando a una idea de las culturas en plural, sustentado en la historia que “está hecha de luchas, tensiones y conflictos íntimamente ligados a las culturas y a las formaciones de clases.” (Mattelart, 1997: 72). En general, tanto Williams como Thompson compartieron la idea de abordar la cultura más allá del determinismo económico; rasgo que será típico de los Estudios Culturales.

A estos tres autores finalmente se sumó Stuart Hall, sociólogo jamaicano proveniente de una familia de clase media. Hall unificó sus intereses por las cuestiones teóricas y políticas, vinculando a los estudios culturales con la *New Left* –la nueva izquierda intelectual-, en una era caracterizada por grandes rupturas sociales, tales como “[la] desilusión respecto del modelo comunista [...] y [...] una agresión que relanza la movilización antiimperialista entre los intelectuales ingleses.” (Mattelart, Neveu, 2004: 42-43) Aquel panorama fue el caldo de cultivo propicio para los Estudios Culturales.

El perfil distintivo de las figuras más representativas de los Estudios Culturales, su origen popular y su postura en franca oposición al modelo universitario tradicional inglés, los llevó a instalarse en 1964 en pequeños centros en la periferia de las universidades, puntualmente en el Centre of Contemporary Cultural Studies (CCCS), en Birmingham. Dicho espacio se estableció -con Hoggart a la cabeza como director, hasta 1968, cuando es sucedido por Hall- como “[...] centro de estudios culturales sobre las

‘formas, las prácticas, y las instituciones culturales y sus relaciones con la sociedad y el cambio social’” (Mattelart, 1997: 72). Para la difusión de sus trabajos editan la revista *Working Papers in Cultural Studies*.

Temáticas, métodos y enfoque disciplinar en los Estudios Culturales

Como se ha visto, los Estudios Culturales supusieron una ruptura en el ámbito académico por las características de sus fundadores y el contexto social en el que estaban inscritos. Ahora bien, ¿Qué temáticas fueron tratadas por los Estudios Culturales? ¿Desde qué perspectivas abordaban el tema de la cultura? ¿Cuáles disciplinas prestaron su metodología para la construcción de conocimiento?

Los Estudios Culturales tomaron objetos de estudio vanguardistas para su época. Cabe mencionar entre tales objetos a las culturas populares, los estilos de vida de las nuevas clases, las subculturas juveniles, el arte, los medios de comunicación y la vinculación de la academia con la política, las identidades, la sexualidad y los géneros, entre otros. En todos ellos se ocupaban especialmente de “[...] analizar los valores y las significaciones vividas, las formas en que las culturas de los distintos grupos se comportan frente a la cultura dominante, las ‘definiciones’ propias que se dan los actores sociales de su ‘situación’, de las condiciones en las que viven ” (Mattelart, 1997: 72).

Para los análisis en cuestión, los Estudios Culturales se valieron de múltiples disciplinas: La antropología, la lingüística, la crítica literaria, la filosofía, la teoría del arte y las ciencias políticas, entre otras. En la metodología adoptaron un rango de instrumentos que lograran recobrar lo subjetivo y lo simbólico de las acciones de los actores: estudios etnográficos desarrollados por la sociología urbana, métodos relacionados con la observación participante; y análisis discursivos desde la semiótica.

Aparte de las disciplinas mencionadas, los Estudios Culturales enriquecieron sus reflexiones gracias a los postulados de pensadores representativos del mundo contemporáneo; así lo describe Mattelart:

Buscando un marxismo heterodoxo, releen los estudios de historia literaria del filósofo húngaro Georg Lukacs, concretamente *Historie et Consciente de classe* (1923), y los trabajos del filósofo y teórico Mikhail Bakhtin sobre el *marxismo et la philosophie du langage* (1929) así como sus análisis históricos de las expresiones de la cultura popular; traducen a Walter Benjamín; descubren *Le Dieu caché: étude sur la vision tragique dans les “Pensées” de Pascal et dans le théâtre de Racine* (1959),

del sociólogo de la literatura Lucien Goldmann, y *Questions de méthode* (escrito en 1957 y publicado en 1960), de Jean Paul Sartre. (Mattelart, 1997: 73)

Recogieron también a Louis Althusser, quien adhería elementos estructuralistas al marxismo para pensar la sociedad como una estructura compuesta de espacios autónomos; agregando que la sociedad no estaría regida solamente por determinismos económicos, sino también políticos y culturales. Entre ellos, por la ideología como elemento clave en la reproducción social, y la generadora de la cultura y de la noción que tiene el ser humano de sí mismo. De Gramsci, acogieron la noción de hegemonía, pero expandieron sus límites más allá del poder y las clases para incluirle en temas como la etnia, el género y el consumo – cabe anotar aquí que dicha expansión actuó en detrimento de su inscripción en la problemática de clase-. Finalmente, de Roland Barthes acuñan su interés por “[...] la especificidad de lo ‘cultural’ y adoptan una metodología apoyada en la teoría lingüística para abordar la cuestión maestra en aquella época, la de las ‘lecturas ideológicas’” (Mattelart, 1997: 73).

Transformaciones e internacionalización de los Estudios Culturales

A partir de los años 80, en el marco del gobierno de Margaret Thatcher y el pico ascendente del neoliberalismo en Inglaterra, los Estudios Culturales sufrieron significativas modificaciones que sellarían el curso de su desarrollo. Tal cambio inició con una diversificación de las inclinaciones de sus representantes y un vuelco hacia las identidades sociales; y, por el otro lado, por los estudios de recepción de medios. Estos últimos se abordaron desde una perspectiva etnográfica que enfatizó en los productos televisivos de targets variados, bajo el modelo *Encoding/Decoding*¹ (1973) ideado por Hall y puesto en práctica por David Morley. Este modelo analizaba la manera como el receptor asimilaba los mensajes “[...]tratando de identificar las distintas formas de negociación y resistencia frente a [los programas] así como el rol de los contextos culturales en las estrategias de decodificación de los grupos analizados” (Sunkel, 2006: 17). Otra de sus transformaciones fue el giro hacia el análisis del consumo de productos culturales y de los medios. Así, la llamada etnografía de los medios indagó en la forma

¹ Mattelart escribe sobre éste: “[Modelo] que enfoca el proceso de producción según cuatro momentos claros (producción, circulación, distribución/consumo, reproducción) [...] que están articulados entre ellos y determinados por relaciones de poder institucionales.” (Mattelart, 1997: 74).

de ver televisión, el espacio típico en donde se veía televisión, y las costumbres en torno a la televisión en el hogar.

En el ámbito de las reformas descritas sobrevino una migración de los Estudios Culturales hacia otros lugares en el mundo, incluyendo a los Estados Unidos.² Allí no fue difícil su asimilación a la academia y, por ende, se perdió la mirada crítica al sistema de educación -que había sido uno de los derroteros en su génesis británica-. Aquel traslado a Norteamérica tuvo como resultado una masificación de la producción de textos y departamentos universitarios de Estudios Culturales, hecho que terminó por ser inversamente proporcional a su poder contestatario. Se revistieron de un halo relativista en su discurso, relegando sus temáticas a cuestiones estéticas y análisis de textos y narrativas; disminuyendo con ello dramáticamente su dimensión política, y su vínculo a los movimientos sociales. Este patrón se vería replicado posteriormente en los Estudios Culturales latinoamericanos (Mattelart, 2004).

Los Estudios Culturales en Latinoamérica

Antes de hablar de Estudios Culturales en América Latina es necesario entender que se encontraba en apogeo una tradición intelectual de tipo marxista-estructuralista. Al interior de dicho enfoque se realizaban investigaciones sobre los mensajes mediáticos desde un eje crítico, considerándolos como “[...] soportes de la ‘ideología de la dominación’” (Sunkel, 2006:18). Igualmente eran comunes los análisis semióticos con respecto a discursos e imágenes, y el interés por la manipulación mediática a las masas y la invasión de la industria cultural, entre otros. En la década de 1980, el eje se desplaza hacia la recepción crítica, en manos de Valerio Fuenzalida, con su libro *Televisión. Padres-hijos* (1984), en el que se intenta dar lineamientos sobre cómo debería ver televisión los niños guiados por sus padres y maestros³. Se evidenciaba todavía un temor al influjo mediático, pero al tiempo un intento de resistencia al mismo. No obstante, sería hasta los trabajos de Jesús Martín Barbero, Néstor García Canclini,⁴ Renato Ortiz y Rossana Reguillo, que se daría inicio a los hoy conocidos y difundidos Estudios Culturales Latinoamericanos.

² La expansión a la que se hace referencia supuso otros territorios, sin embargo por motivos de espacio nos limitamos a reseñar únicamente a Estados Unidos.

³ Otro autor que se ocupó de la recepción crítica fue Guillermo Orozco en su libro *Televisión y Audiencia* (1996).

⁴ Estas líneas se ocuparán particularmente de Jesús Martín Barbero y García Canclini, al ser dos de sus autores más representativos.

Oponiéndose a la lectura de la realidad únicamente como signo, y al marxismo imperante que consideraban como dogmático, los estudios culturales se inclinan por “[...] la escucha de las situaciones y los contextos nacionales o locales, haciéndose sensibles a la cotidianidad de los mundos de vida, a las mediaciones y a las diferencias socioculturales” (Martín Barbero, 2007). De este modo se centran en temáticas relativas a las culturas populares, al consumo, las generaciones, el postcolonialismo, el arte, la literatura, la etnicidad, los museos, la memoria social, la ciudad, la moda, las identidades, y el lenguaje, entre muchos otros. Fundamentalmente, “jalonean la comunicación hacia los temas de la cultura en el campo de la academia” (Follari, 2009).

Fue Martín Barbero el encargado de tender puentes en el pensamiento de la comunicación desde lo popular, entrelazándola con la sociología y la antropología. El autor se preguntaba por la forma en que era receptada la cultura hegemónica mediática por parte de los sujetos, y como estos la recuperaban e incitaban, o bien la deformaban por mecanismos de resistencia y subversión de sus contenidos (Martín Barbero, 1987). En cuanto a los medios, Martín Barbero afirmaba que éstos, aparte responder a una lógica puramente comercial y de dominación, eran un bastión cultural desde el que la gente daba significado y sentido a su vida (Martín Barbero, 1995) Esta lectura complementaría otra de sus tesis: la de la mediación e interpretación lograda gracias a la competencia de los receptores y sus modos de ver. Lo que evidenciaría una relación dinámica entre el receptor y los productos culturales (Martín Barbero, 1987).

De igual forma, Martín Barbero asumía el desarrollo de las tecnologías de la comunicación y la producción cultural en masa sin el contenido peyorativo de la Escuela de Frankfurt⁵. Para él, el auge de la imagen y de las tecnologías de comunicación como expresión había producido dos cosas. En primer lugar era la respuesta a una demanda de los grupos acallados o excluidos. En segunda instancia, posibilitaba un cambio de la lógica del seguidor o militante a la de un sujeto de “fidelidades más móviles y colectividades más abiertas” (2007: 29). El discurso pasaba de único y doctrinario a uno que, si bien no era del todo democrático, si surgía de interacciones e intercambios sociales, y era mediado por todos. Con usos “desviados” de la música, la imagen y los mensajes, se acudía a nuevas experiencias prácticas y de comunicación que eliminaban la creencia y desplazaban la univocidad del sentido

⁵ Que satanizaba a la industria cultural y la consideraba el triunfo máximo de la razón instrumental, al perder la cultura ésta su capacidad crítica y emancipadora. (Adorno, Horkheimer, 1944). Los Estudios Culturales emergieron entonces como “reacción frente al racionalismo frankfurtiano y el mecanicismo economicista” (Martín Barbero, 2006: 62)

Entre tanto, García Canclini (1998) apuntó a investigar el consumo dentro de lo popular, al ser este el canal de difusión de las hegemonías entre la población subalterna.

Al respecto dice:

[Aunque] el repertorio de bienes y mensajes ofrecidos por la cultura hegemónica condiciona las opciones de las clases populares, éstas seleccionan y combinan materiales recibidos -en la percepción en la memoria y en el uso- y construyen con ello, como el bricoleur, otros sistemas que nunca son el eco automático de la oferta hegemónica. (García Canclini, 1998: 24)

Igualmente desarrolló el tema de las identidades, demostrando que ninguna de ellas es originaria, y que por el contrario es híbrida, se construye día a día desde la palabra, la mirada del otro y el consumo. (Follari, 2009)

En general, los Estudios Culturales Latinoamericanos respondieron a una serie de circunstancias entre las que se contaban un desgaste del análisis textual; la sobredimensión del influjo de las industrias culturales -que de alguna manera y según ellos perdía de vista las facultades de las audiencias para resignificar y dar nuevas simbologías a los contenidos-; y en última instancia, la ignorancia sobre las audiencias y los consumidores.

2. La crítica a los Estudios Culturales

En éste aparte desarrollaremos el conjunto de las principales críticas realizadas a los Estudios Culturales, a las que nos adherimos en definitiva luego de haber hecho un recorrido por sus lineamientos⁶:

Los Mitos en los Estudios Culturales

Según el concepto de Roland Barthes (1977) retomado por Sánchez Ruiz (2005) en su texto, al hablar de mitos en las ciencias sociales se hace referencia al “[...] tipo de relato [que pone] énfasis en un aspecto, o dimensión, del fenómeno o proceso [...] y soslaya [...] que puede haber, o que de hecho hay, otras dimensiones, puntos de vista u otros factores que lo constituyen” (Sánchez Ruiz, 2005: 3).

Al revisar esta idea, se evidencia la peligrosa cercanía de los Estudios Culturales a ser uno de estos modernos relatos; ya que tienden a relativizar tanto sus ideas en la

⁶⁶ Aunque sería inmensamente enriquecedor el retomar todos los debates que se han formulado en torno a los Estudios Culturales, sabemos que este espacio es reducido en relación al tema, por lo que nos centraremos en aquellos que consideramos de mayor relevancia.

hibridez cultural y las identidades particulares, que se pierde el contexto histórico y social donde estas nociones se desarrollan; las condiciones económicas y políticas que indefectiblemente favorecerán cambios e incluso extinciones de rasgos propios en un pueblo (Sánchez Ruiz, 2005). Así, por ejemplo, al pensar en migrantes ecuatorianos residentes en Europa, no puede únicamente contemplarse cómo es su adaptación a los nuevos países, como se apropian de nuevas costumbres y las mezclan con las suyas para crear una mixtura intercultural, hay que interrogarse también por los antecedentes económicos que los obligaron a marcharse, por sus condiciones de trabajo tanto en su lugar de origen como el de llegada, y por otras tantas incógnitas que apuntan a procesos sociales y políticos que trascienden la dimensión cultural.

Otro de los aspectos a debatir de los Estudios Culturales es el “‘populismo, cultural’ que otorga igual peso y poder a las culturas de diferentes sociedades, tanto en el área internacional, como en el interior de los países” (Sánchez Ruiz, 2005: 7). Detrás de esta supuesta armonía entre todas las manifestaciones culturales se esconde la aceptación deliberada de las desigualdades entre las culturas. Aceptación representada en su máxima expresión por Estados Unidos y sus transnacionales de telecomunicación, y en menor medida por la aparente inserción hacia la modernidad a los indígenas en países latinoamericanos. Cabría preguntarse cuánto se está perdiendo de las identidades tan mentadas en los Estudios Culturales por ese proceso de “mestizaje” unidireccional, donde sólo los dominados son los permeados. Sánchez Ruiz nos muestra como incluso Morley –uno de los grandes representantes de los Estudios Culturales-, se adhiere al cuestionamiento en el que:

[...] se presta insuficiente atención en los procesos mediante los cuales las formas de capital cultural con las cuales la gente puede reformular sus identidades se distribuyen desigualmente y el grado en que muchas personas se ven forzadas a vivir mediante las identidades que otros les han adscrito, en lugar de por identidades que ellos hubieran escogido por sí mismos. (Sánchez Ruiz, 2005: 9).

Así mismo Roberto Follari llama la atención reconociendo como García Canclini habría puesto la mirada en “[...] la creciente concentración de los medios [y sin embargo se] ha[bría] encontrado tan escasa filiación dentro del marco explicativo general en que se encuentra inserta.” (Follari, 2002: 83)

Un último mito que se mencionará insinúa incluso la desaparición del estado-nación, debido a la poca identificación de la gente con sus países, y a la sustitución de estas identificaciones por asuntos culturales y más cercanos al consumo (Sánchez Ruiz,

2005. Follari, 2009). Tal reflexión resulta del todo extrema y más en la coyuntura actual, en la que una crisis económica, apenas comparable con la depresión de 1929, está obligando a los estados a adoptar una postura proteccionista para salvaguardar el futuro económico mundial; y donde vemos el resurgimiento de una izquierda fortalecida en Latinoamérica que apela al nacionalismo y al sentido de pertenencia para el fortalecimiento de su soberanía en los territorios ecuatorianos y venezolanos. Se aprecia después de lo visto que muchas de sus afirmaciones son arrojadas al espacio con suma ligereza, e incluso cierto apasionamiento ingenuo que dista enormemente de la academia y se acerca al artificio.

La ausencia de rigor epistemológico en los Estudios Culturales

Una de las críticas que será recurrente entre diversos autores se refiere a la debilidad en la construcción de conocimiento por parte de los Estudios Culturales. En primera instancia, y según Roberto Follari los Estudios Culturales Latinoamericanos incurrirían en una *Fetichización de la cultura*, al interpretar que lo social podría ser reemplazado por lo cultural, dejando por fuera elementos tan claves como las estructuras por las que están conformadas las sociedades en sí. De nuevo, partiendo de análisis micro –de significados, símbolos e interpretaciones-, elevados y generalizados hacia lo macro –ciudadanía, identidades, etc...- (Follari: 2009); tal vez por su rechazo en contra de nociones economicistas propias del credo marxista en la región en casi todo el siglo XX; pero sin ningún reconocimiento de las consideraciones económicas en lo que respecta a la forma de asumir los medios y de construir interpretaciones culturales.

Esto nos dirige a la segunda problemática: la falta de evidencia empírica, de estudios cimentados que en algún modo avalen sus postulados, siendo reemplazados por largas diatribas que responden a precarias percepciones personales de los autores y su alrededor: “una abusiva generalización de impresiones” (Mattelart, Neveu, 2004:84). Por tanto, vale decir, la carencia de una metodología original y coherente, pensada y construida desde su interior. Frente al tema Carlos Reynoso les achacaría una “[...] falta de capacitación epistemológica, metodológica y técnica en el programa académico disciplinar del culturismo [...] la utilización yuxtapuesta o simultánea de metodologías incompatibles y la falta de elaboración de las combinaciones de marcos heterogéneos” (Reynoso, 2000: 302 - 303)

Otro de los aspectos más controvertidos de los Estudios culturales es su

intención de abordar temáticas particulares desde una perspectiva que sobrepasa y extralimita los cercos disciplinarios⁷, argumentando que ésta supondría un mayor entendimiento de las problemáticas culturales, y que por otro lado combatiría las divisiones entre las distintas escuelas académicas. Adicionalmente, la encarnación de lo llamado interdisciplinar en un autor determinado –tal es el caso de García Canclini-, desconociendo por completo el sesgo inherente de cualquier académico proporcionado por su formación individual; y lo que implicaría, si vamos a eso, el ejercicio de la interdisciplina: Un trabajo en equipo, que construya colectivamente. Amparados entonces bajo una especie de manto de superación, y sin un conocimiento válido, los Estudios Culturales se autoproclaman como la respuesta a interrogantes económicos, sociológicos o políticos, cubriéndolos bajo la sombrilla –insuficiente- de la cultura. (Follari: 2002) Reynoso encontraría la misma falencia, y comentaría acerca de “[su] actitud pueril de antidisciplinaria no fundada en ninguna crítica disciplinar sustantiva, o basada en una concepción mecánicamente determinista de las prácticas académicas.” (Reynoso, 2000: 304)

En la última de las críticas ubicamos la utilización de autores y teorías descontextualizadas e incompatibles entre sí, como corpus teórico de los Estudios Culturales. Vemos, por ejemplo, que se atreven a incluir autores acuñándolos al culturalismo. Tal es el caso de Pierre Bourdieu -sociólogo francés de gran prestigio que por su rigor y defensa de las prácticas académicas estaría totalmente opuesto a la construcción teórica de los Estudios culturales- (Reynoso, 2000: 35). Igualmente, como nos relata Follari, tienden a la inclusión arbitraria de conceptos como el de postmodernidad sin que exista un acercamiento a sus representantes –Lyotard, Vattimo, Baudrillard, Lipovetski-, y un entendimiento de sus presupuestos no sólo aplicado a lo cultural. (Follari: 2002).

Para concluir, y habiendo recogido opiniones de gran aporte para el debate que nos atañe, diremos que los Estudios Culturales son culpables de lo que podríamos denominar elastización o elongación teórica, hecho en el que terminaron por jugarse la legitimidad de sus hallazgos, su credibilidad y su permanencia en la academia, y en el tiempo.

⁷ En palabras de Roberto Follari, “[...] proceso[s] analítico[s] imprescindible[s] para avanzar en el conocimiento científico. (Follari, 2002:86)

3. Conclusiones:

Al realizar este ensayo quisimos dar cuenta de los aportes de los Estudios Culturales desde sus inicios hasta la actualidad, que para ser justos son de gran valor. La toma de consciencia frente a las mediaciones y la idea de las culturas populares en auge por los medios masificados, han sido claves para el avance de las investigaciones en la comunicación sobre recepción y audiencias. Al tiempo, lograron apartarnos de la creencia en el poder mediático infinito como influenciador de la conducta humana, y modificar nuestra mirada sobre esos públicos ingenuos y receptores totales de todo aquello que se transmitiera en los medios. Sin embargo, y como pudimos constatar, dejaron cabos sueltos en su camino, y devinieron en una producción light que alcanzaba a divisar apenas la punta del iceberg. Por eso era lógico que retomáramos los debates y las críticas, y que contáramos la historia desde sus dos versiones.

Ahora, ¿Qué sucedería si una nueva generación de estudios culturales surgiera fortalecida y engrosada por la asimilación de dichas críticas? ¿Podrían ver de nuevo la luz? ¿A futuro, y mediante ciertos cambios de corte epistemológico, podrían ejercer alguna contribución a la comunicación y a las ciencias sociales? Creemos que sí es posible en alguna medida, y a continuación damos pistas en lo que se proyecta como una discusión inacabada.

En primer lugar, queda sin respuesta lo relativo a las disciplinas y metodologías de las que se componen los Estudios Culturales, y si sería realmente posible el pensarse la cultura a la luz de un conjunto de disciplinas. Si desde una clara perspectiva –dada por sus preceptos teóricos- se juntasen por medio de equipos interdisciplinarios, que arrojaran datos diversos en cada uno de sus ámbitos; y que dicha información fuera cruzada y analizada en forma concienzuda y detallada.

En segunda instancia, la clave de la recuperación de los Estudios Culturales podría esbozarla Nicholas Garnham, en su ensayo *Economía política y la práctica de los estudios culturales*, donde sugiere la necesidad de “reconstruir los puentes hacia la economía política, que quemaron en su precipitada carrera hacia los placeres y las diferencias [...]” (Garnham, 1998: 122)⁸.

⁸ En comunicación, la economía política ha retomado elementos de la teoría crítica, enfatizando en la importancia de la información para el desarrollo de la economía capitalista y su gran influencia en el funcionamiento de las fuerzas productivas. (Bolaño: 2005) Esta línea se interesa entonces por aspectos

De unificar dichas posturas con los Estudios Culturales, sería posible cerrar la brecha entre estos y el contexto histórico evidentemente marcado por la economía capitalista y las políticas neoliberales; ya que es donde finalmente se encuentra inscrito su objeto de análisis –la cultura–. Y, en ese orden, cerrar también el surco presente entre sus análisis micro y las estructuras macro-sociales donde se dan las identidades y las mediaciones.

Para terminar, creemos que de superarse los obstáculos descritos –que en ningún momento estamos considerando de orden menor-, sería interesante saber que tendrían que decirnos los Estudios Culturales, cuando asistimos a una crisis económica de magnitudes importantes y clave para la historia de la humanidad. Dentro de éste grupo de estudios hay conceptos e ideas a las que vale la pena poner en conjunto con un análisis menos mítico y un rigor epistemológico adecuado.

olvidados de los Estudios Culturales: La propiedad de los medios, las medidas políticas desde y con respecto a los medios y los gastos de publicidad, entre otros, desde una óptica que procura alejarse del relativismo. (Follari: 2009)

BIBLIOGRAFIA

ADORNO, Theodore y HORKHEIMER (1944) *La Dialéctica del Iluminismo*. Mimeo.

BOLAÑO CÉSAR (2005) *La centralidad de la Economía Política de la comunicación en la construcción del campo académico de la Comunicación: una contribución crítica*. Sao Paulo. Mimeo

FOLLARI, Roberto (2002) *Teorías débiles (Para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales)*. Homo Sapiens Ediciones. Rosario

FOLLARI, Roberto. (2009) *Notas de clase, Teoría de la comunicación*. FLACSO. Quito

GARCÍA CANCLINI, Néstor. (1998) “Cultura transnacional y culturas populares. Bases teórico-metodológicas para la investigación”, en GARCÍA CANCLINI, Néstor y RONCAGLIOLO, Rafael (eds.), *Cultura transnacional y culturas populares*, Lima. Instituto para América Latina.

GARNHAM, Nicholas (1998). “Economía política y la práctica de los estudios culturales”, en FERGUSON M. y GOLDING P. (eds.), *Economía Política y estudios culturales*. Barcelona. Bosch Casa Editorial.

MARTÍN BARBERO, Jesús (1987) *De los medios a las mediaciones*. Barcelona. Gustavo Gili Ed.

MARTÍN BARBERO, Jesús (1995) “Secularización, desencanto y reencantamiento massmediático”, en *Pre-textos. Conversaciones sobre las comunicaciones y sus contextos*. Cali. Facultad de Artes Integradas, Universidad del Valle

MARTÍN BARBERO, Jesús (1999) “Los descentramientos del arte y la comunicación” en: OSSA, Carlos (comp.), *La pantalla delirante*, Lom Ediciones.

MARTÍN BARBERO, (2006) “Recepción de medios y consumo cultural: travesías”, en SUNKEL, Guillermo (Comp.) *El consumo cultural en América Latina*. Bogotá. Convenio Andrés Bello.

MARTÍN BARBERO (2007) “Reconfiguraciones de lo público y nuevas ciudadanía”. En *Ciudadanía y Cultura*. Tercer Mundo Editores. Bogotá.

MATTELART, Armand y NEVEU, Erik (2004) *Introducción a los estudios culturales*. Barcelona. Paidós Editores.

MATTELART, Armand, (1997) *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona. Paidós Editores.

REYNOSO, Carlos. (2000) *Apogeo y decadencia de los estudios culturales: Una visión Antropológica*. Gedisa Ed.

SANCHEZ RUIZ, Enrique. (2005) “La política de las categorías de análisis: mitos y realidades sobre la globalización, la integración y las identidades”. Guadalajara. Mimeo

SUNKEL, Guillermo, (2006) “El consumo cultural en la investigación en comunicación-cultura en América Latina”, en SUNKEL, Guillermo (Comp.) *El consumo cultural en América Latina*. Bogotá. Convenio Andrés Bello.